

LIBRO SEXTO

EL NIÑO GAVROCHE

I

MALIGNA TRAVESURA DEL VIENTO

Desde 1823, mientras que el bodegón de Montfermeil decaía y se iba sumergiendo poco á poco, no en el abismo de una bancarota, sino en la cloaca de las más ruines y miserables deudas, los Thénardier habían tenido otros dos hijos, ambos varones. Con estos reunían ya cinco ; tres varones y dos hembras. Era demasiada familia para ellos.

La Thénardier se deshizo, pues, de los dos últimos, cuando aún eran muy niños, con un contento singular.

Que se deshizo de ellos, de ellos, y en efecto esta es la

palabra más propia. En aquella mujer no había más que un fragmento de naturaleza. Fenómeno de que, por lo demás, suelen verse algunos ejemplos. Como la mariscala de La Mothe-Huodancourt, la Thénardier no era madre sino hasta sus hijas. Aquí concluía su maternidad. Su odio al género humano empezaba en sus propios hijos varones. Con respecto á estos, la malignidad de aquella mal llamada madre caía como perpendicular, á pico, y su corazón tenía en aquel sitio una escarpa lúgubre. Según se ha visto ya, ella aborrecía al mayor de sus tres hijos, pero por lo que hace á los otros dos, los execraba. ¿Por qué? Porque sí. El más terrible de los motivos y la más indiscutible de las respuestas: Porque sí. — Yo no tengo necesidad de una garulla de chicos, decía la tal madre.

Explicuemos cómo los Thénardier lograron desembarazarse de sus dos últimos niños, y aún sacar partido de ellos.

Aquella muchacha, Magnon, de quien hemos hablado en algun capítulo anterior, era la misma que había hecho señalar una renta, por el viejo Gillenormand, á los dos niños que ella tenía. Vivía en el muelle de los Celestinos, en la esquina de aquella antigua calle del Petit-Musc que ha hecho cuanto ha podido para cambiar en buen olor su malísima reputación. El lector parisiense recordará sin duda la grande epidemia de anginas escrofulosas que desoló, treinta y cinco años há, los barrios ribereños del Sena, y de la cual se aprovechó la ciencia para hacer experiencias en grande escala sobre la eficacia de las insuflaciones de alumbre, tan útilmente reemplazadas hoy por la tintura externa de yodo. En aquella epidemia, la Magnon perdió, en un mismo día, uno por la mañana y el otro por la tarde, sus dos niños, que aún eran muy pequeños. Este era un golpe terrible. Aquellos dos niños eran joyas preciosas para su madre, puesto que entre los dos representaban ochenta francos mensuales. Estos ochenta francos la eran entregados con la

mayor puntualidad, en nombre del señor Gillenormand, por su recaudador de rentas, el señor Barge, ujier retirado, calle del Rey de Sicilia. Muertos los niños, la renta quedaba con ellos enterrada. La Magnon apeló á un expediente. En aquella tenebrosa francmasonería del mal de la cual formaba ella parte, todo se sabe, se confían y se guardan los secretos, y se ayudan unos á otros. La Magnon necesitaba dos niños. La Thénardier necesitaba precisamente todo lo contrario, es decir, deshacerse de dos niños que á ella la estorbaban, del mismo sexo y de la misma edad. Arreglo oportuno para la una, excelente colocación para la otra. Los niños de la Thénardier se convirtieron en los niños de la Magnon. La Magnon dejó el muelle de los Celestinos y se fué á vivir á la calle de Clocheperce. En Paris, la identidad que liga á un individuo consigo mismo se rompe con sólo pasar de una á otra calle.

No recibiendo aviso ninguno de nadie, el estado civil no reclamó; de modo que la sustitución se hizo de la manera más sencilla del mundo. Sólo que el Thénardier exigió, por aquel préstamo de niños, diez francos mensuales, que la Magnon prometió y aún pagó. Excusado es decir que el señor Gillenormand continuó siempre sirviendo esta renta con la mayor exactitud. Cada seis meses pasaba él á hacer una visita á los niños; pero no echó de ver el cambio que habían sufrido. — ¡ Señor, le decía la Magnon, cómo se parecen á usted!

Thénardier, que gustaba mucho de metamorfosearse y de disfrazarse, se aprovechó de esta ocasión para darse el nombre de Jondrette. Sus dos hijas y Gavroche no habían tenido apenas tiempo de notar que tenían dos hermanitos más. En cierto grado de miseria, una especie de indiferencia espectral se apodera del ánimo, y se ven los seres como á fueran las vas. Vuestros parientes más cercanos no son generalmente para vosotros sino formas vagas de la som-

bra, apenas distintas del fondo nebuloso de la vida y fácilmente confundidas de nuevo en lo invisible.

La noche misma del día en que ella había hecho la entrega de sus dos niños á la Magnon, con la voluntad bien expresa de renunciar á ellos para siempre, la Thénardier había tenido, ó fingido tener, un escrúpulo; y había dicho á su marido: — ¡Pero esto es abandonar enteramente esas criaturas! Thénardier, magistral y flemático, cauterizó el escrúpulo con esta palabra: ¡Juan Jacobo Rousseau hizo más que eso! Del escrúpulo, la madre había pasado á la inquietud: — ¿Pero y si la policía viniera á atormentarnos? Dígame usted, señor Thénardier, ¿es cosa permitida por las leyes eso que nosotros hemos hecho? — Thénardier respondió: — Todo es permitido. Nadie verá en esto sino el azul del cielo, si mira hácia arriba. Por lo demás nadie tiene tampoco interés ninguno en mirar de cerca unos chicos que no poseen un centavo.

La Magnon, puesta con aseo, era una especie de elegante del crimen. Dividía su vivienda, amueblada de un modo amanerado y miserable, con una erudita ladrona inglesa afrancesada. Esta inglesa naturalizada parisiense, recomendable por sus relaciones muy ricas, íntimamente ligada con las medallas de la biblioteca y los diamantes de la señorita Mars, fué más adelante célebre en los fastos judiciales. Llamábanla *la señorita Miss*.

Los dos niños que adoptó secretamente la Magnon no tuvieron porqué quejarse de su suerte. Recomendados por los ochenta francos, se hallaban cuidados y resguardados como todo lo que es objeto de explotación; ni mal vestidos, ni mal alimentados, tratados casi como unos « señoritos », mucho mejor con la madre postiza que con la verdadera. La Magnon se hacía la dama, y no hablaba nunca caló delante de ellos.

Así transecurrieron algunos años. El Thénardier augu-

raba bien de esto. Un día sucedió que dijo á la Magnon, cuando recibía de ella sus diez francos mensuales: — Será menester que el padre les dé educación.

De improviso, aquellas dos pobres criaturas, hasta entonces bastante protegidas, áun por su mala suerte, se hallaron bruscamente lanzadas á la vida y obligadas á recomenzarla.

Una prision en masa de malhechores como la del desvan Jondrette, complicada necesariamente con pesquisas y encarcelaciones ulteriores, es un verdadero desastre para esa horrible contra-sociedad oculta que vive bajo la sociedad pública; una aventura de esta especie acarrea todo género de hundimientos en ese mundo sombrío. La catástrofe de los Thénardier produjo la catástrofe de la Magnon.

Un día, poco tiempo después que la Magnon hubo entregado á Eponina la esquelita relativa á la calle de Plumet, se verificó en la calle de Clocheperce una súbita irrupción de la policía; la Magnon fué presa, como también la señorita Miss, y todos los moradores de aquella casa, que en general era bastante sospechosa; todo el mundo cayó en la red. Los dos muchachitos estaban jugando durante este tiempo en un patio interior y no vieron nada de la razzia. Cuando quisieron entrar en su cuarto, hallaron la puerta cerrada y la casa enteramente vacía. Un zapatero de viejo que había en el portal de enfrente los llamó y les entregó un papel que « su madre » le había dejado para ellos. Este papel contenía las señas siguientes: Señor Barge, recaudador de rentas, calle del Rey de Sicilia, nº 8. El zapatero remendón les dijo: — Vosotros no habitáis ya aquí. Id hácia allá. Es ahí muy cerca. La primera calle á la izquierda. Preguntad por vuestro camino en este papel.

Los niños se marcharon conduciendo el mayorcito al

más pequeño, y llevando en la mano el papel que les había de servir de guía. Tenía frío, y sus deditos entorpecidos sujetaban poco y mal aquel papel. Al volver la calle de Clocheperce, una ráfaga de viento se le arrancó de las manos, y, como era ya noche oscura, el niño no pudo hallarle.

Y echaron á andar, errantes á la ventura por las calles.

II

DONDE EL NIÑO GAVROCHE SACA PARTIDO DE NAPOLEON
EL GRANDE

En París hállase con frecuencia la primavera atravesada por cierzos ásperos y duros, capaces, si no precisamente de congelarnos, de belarnos cuando ménos; estos cierzos, que suelen entristecer los días más hermosos, producen exactamente el efecto de esas bocanadas de aire que entran en una pieza caliente por las hendiduras de una ventana ó de una puerta mal cerrada. Diríase que la puerta sombría del invierno ha quedado entreabierta, y que por ella entra el viento. En la primavera de 1832, época en que se manifestó la primera grande epidemia de este siglo en Europa, aquellos cierzos fueron más rudos y más penetrantes que nunca. Era una puerta aún más glacial que la del invierno la que estaba entreabierta: la puerta del sepulcro. En aquellos cierzos se sentía el hábito del cólera.

Bajo el punto de vista meteorológico, aquellos vientos fríos tenían esto de particular, que no excluían una fuerte tensión eléctrica. Frecuentes tormentas, acompañadas de relámpagos y de truenos, descargaron en aquella época.

Una noche que aquellos cierzos soplaban rudamente, en términos que parecía haber vuelto el mes de Enero, y que los bourgeois habían echado mano á sus capotes, el niño Gavroche, siempre tiritando alegremente bajo sus miseros aramebes, se hallaba de pié y como en éxtasis frente á la tienda de un peluquero de las cercanías del Orme-Saint-Gervais. Estaba adornado de un chal de mujer, de lana, cogido no se sabe dónde, y del cual se había hecho él un tapaboca. El niño Gavroche tenía trazas de estar admirando profundamente una novia de cera, escotada y llevando por tocado una corona de azahar, la cual giraba sobre su eje detras de los cristales, entre dos quinqués, mostrando su sonrisa á los transeúntes; pero en realidad estaba él observando la tienda, á fin de ver si no podría « birlar » en el aparador una pastilla de jabon, que iría él en seguida á revender por un sueldo á un « peinador » de las afueras de la Ciudad. Sucédiale con frecuencia el desayunarse con una de aquellas pastillas. Á este género de trabajo, para el cual mostraba él talento, le llamaba « hacer la barba á los barberos. »

Al mismo tiempo que contemplaba la novia y que dirigía sus miradas á la pastilla de jabon, estaba refunfuñando esto entre sus dientes : — Es mártés. — No es mártés. — ¿Es el mártés? — Tal vez es el mártés. — Sí, es el mártés.

Nunca se ha sabido á qué se refería este monólogo.

Sí, por ventura, este monólogo aludía á la última vez que él había comido, hacia ya tres días, pues esto sucedía un viérnes.

El barbero estaba afeitando á un parroquiano, en su tienda calentada por una buena estufa, de vez en cuando lanzaba algunas miradas de soslayo á aquel enemigo, á aquel gamin arrecido y descarado que tenía las manos en los bolsillos, pero el espíritu, evidentemente, visitando otros lugares.

Mientras que Gavroche estaba así examinando la novia, las vidrieras y los Windsor-soap, dos niños de estatura desigual, vestidos con bastante limpieza, y más pequeños aún que él, pareciendo el uno de siete años y el otro de cinco, dieron tímidamente vuelta al pestillo y entraron en la tienda, preguntando no se sabe qué cosa, tal vez implorando la caridad, en un murmullo plañidero y que se asemejaba más bien á un gemido que á un ruego. Hablaban ambos á la vez, y sus palabras eran ininteligibles, porque los sollozos cortaban la voz del más niño y el frío hacía castañetear los dientes del mayorcito. El figaro se volvió : con un semblante furioso, y sin abandonar su navaja, rechazando el mayor con la mano izquierda y al pequeño con la rodilla, los echó bruscamente á la calle, y cerró de nuevo la puerta diciendo :

— ¡ Venir á resfriar á la gente por nada !

Los dos niños prosiguieron su marcha llorando. Entre tanto había aparecido en el cielo un nublado, y empezaba á llover.

Gavroche corrió tras ellos y los alcanzó al fin :

— ¿ Qué es lo que queréis vosotros, renacuajos ? les dijo.

— No sabemos dónde acostarnos, respondió el mayor.

— ¿ No es más que eso ? replicó Gavroche. ¡ Vaya una gran cosa ! ¿ Es que nadie llora por eso ? No seis majaderos.

Y tomando, al traves de su superioridad un tanto chocarrera, un tono de autoridad compasiva y de afable proteccion, añadió :

— Venid conmigo, chavalitos.

— Sí, señor, contestó el mayor.

Y los dos niños le siguieron como habrían seguido á un arzobispo. Ya entonces habían dejado de llorar.

Gavroche les hizo subir por la calle de San Antonio, en la dirección de la Bastilla.

Mientras que así caminaba con los dos chicos, Gavroche lanzó una mirada retrospectiva é indignada á la tienda del barbero.

— ¡Pedazo de atun, que no tiene corazón! refunfuñó entre sí. Es un enlubanó¹.

Una mozueta que los vió ir á todos tres en fila, marchando Gavroche á la cabeza, prorumpió en una estrepitosa carcajada.

Esta risa era una falta de respeto al grupo.

— Buenos días, señorita Omnibus, la dijo Gavroche.

Un instante despues, volviéndose á acordar del peluquero, añadió:

— Me he equivocado en el animal, no es un atun, sino una serpiente. Anda, zurce-pelucas, que he de ir en busca de tu cerrajero, y te he de poner un cascabel en la cola!

Aquel peluquero le había hecho agresivo. Al saltar un arroyo de la calle, apostrofó á una portera barbuda y digna de encontrar á Fausto en el Brocken, la cual tenía su escoba en la mano:

— ¿Señora, la dijo, conque al fin sale usted con su caballo?

Y al mismo tiempo, salpicó las bolas charoladas de un transeunte.

— ¡Tunante! gritó el transeunte furioso.

— ¿Se queja ese caballero?

— ¡De ti! dijo el transeunte.

¹ Inglés(en caló).

— El despacho está cerrado, contestó seriamente Gavroche, ya no recibo quejas.

Entretanto, como continuasen siempre subiendo la calle, distinguió, aterida de frío en un portal, una pobrecita mendiga como de trece á catorce años de edad, vestida con una ropa tan corta, que se le veían las rodillas. Aquella muchachita empezaba ya á ser demasiado grande moza para vestir de tal suerte. El crecimiento suele dar esos chascos. El vestido viene corto en el momento preciso en que la desnudez infringe las leyes de la decencia.

— ¡Pobre muchacha! dijo Gavroche. Ni aún lleva calzones. Ahí tienes, ponte siquiera eso.

Y desliando toda aquella buena lana que llevaba él envuelta al rededor del cuello, la arrojó sobre los hombros flacos y amoratados de la mendiga donde el tapa boca se convirtió de nuevo en chal.

La chica le consideró con la mayor sorpresa y extrañeza y recibió el chal en silencio. En cierto grado de miseria, el pobre, en su estupor, no gime ya del mal que sufre, ni agradece el bien que recibe.

Hecho esto:

— ¡Tirrr! dijo Gavroche, tiritando aún más que san Martín, pues al fin y al cabo este había guardado para sí la mitad de su capa.

Despues de ese tirrr! un chaparron, redoblando sus iras, descargó con suma violencia y rabia. Esos malos cielos castigan las acciones buenas.

— ¡Caramba! exclamó Gavroche, ¿qué significa eso? Llueve y relleuve! Buen Dios, si esto continúa así, retiro mi suscripción.

Y volvió á emprender su marcha.

— De todos modos, añadió dirigiendo una mirada á la mendiga que se arrebujaba bien en su chal, esa ya tiene una famosa pellica.

Y, mirando al nublado, exclamó :

— ¡ Chasco !

Los dos niños proseguían la marcha detras de él.

Al pasar por delante de uno de esos espesos enrejados ó celosías de hierro que indican la tienda de un panadero, pues colocan el pan lo mismo que el oro detras de los enverjados de hierro, volvióse Gavroche, y dijo :

— Á propósito, chavalejos, ¿ hemos comido ?

— No, señor, contestó el mayor, no hemos comido nada desde esta mañana.

— ¿ Conque no tienen ustedes padre ni madre? repuso majestuosaente Gavroche.

— Perdone usted, señor, tenemos papá y mamá, pero no sabemos dónde están.

— Á veces, vale eso más que el saberlo, dijo Gavroche, que era un pensador.

— Ya háce más de dos horas que estamos andando, continuó diciendo el mayor, hemos buscado cosas en el rincón de los guardacantones, pero no hemos hallado nada.

— Yo sé, dijo Gavroche. Son los perros los que se lo comen todo.

Y despues de un momento de silencio, añadió :

— ¡ Ah! hemos perdido á nuestros autores. Ya no sabemos lo que hemos hecho de ellos. Eso no se hace, chavales. Es una tontería el extraviar así á los viejos. ¡ Ah! pero, sin embargo, es menester tapillar ¹ algo.

Por lo demas, él no les hizo pregunta ninguna. Estar sin domicilio, ¿ qué cosa más natural y más sencilla ?

El mayor de los dos niños, que habia recobrado casi enteramente la pronta indiferencia de la infancia, hizo esta exclamacion :

— ¡ Vaya una cosa rara! Mamá nos habia dicho que nos

¹ Beber.

llevaria el domingo de Ramos á la iglesia y nos darian boj bendito.

— Dinillo ¹, contestó Gavroche.

Mamá, continuó el mayorcito, es una señora que vive con la señorita Miss.

— Chanao ², replicó Gavroche.

Entre tanto, se habia él detenido, y hacia ya algunos minutos que se iba tentando y registrando toda especie de escondrijos que tenia en sus andrajos.

Por último, levantó la cabeza con un ademan magistral, que no aspiraba sino á manifestarse satisfecho, pero que en realidad era triunfal.

— Tranquilicémonos, chinorrós ³. Aquí hay ya cena para tres.

Y sacó de uno de sus bolsillos un sueldo.

Sin dejar á los dos niños tiempo para sorprenderse y embobarse con el hallazgo, los empujó á ambos hácia adelante, en direccion de la panadería, y puso su sueldo sobre el motrador del panadero gritando :

— ¡ Mozo! cinco céntimos de pan.

El panadero, que era el mismo amo en persona, tomó un pan y un cuchillo.

— ¡ En tres pedazos, mozo! repuso Gavroche, y añadió con dignidad :

— Somos tres.

Y como notase que el panadero, despues de haber examinado á los tres cenadores, habia echado mano á un pan bazo, se introdujo profundamente el dedo en la nariz con una aspiracion tan imperiosa como si hubiera tenido en la punta del pulgar el polvo de rapé del gran Federico, y lanzó al panadero en mitad del rostro este apóstrofe indignado :

¹ Tonto.

² Muy conocida.

³ Pequeñuelos (*momignards* en argot).

— ¿Keksekça.

Aquellos de nuestros lectores que se hallaren tentados de ver en esta interpelación de Gavroche al panadero una palabra rusa ó polaca, ó alguno de esos gritos salvajes que los *Yoways* y los *Botocudos* se lanzan desde una á otra orilla de los ríos en medio de la soledades, deben de tener entendido que esa es una palabra que ellos dicen todos los días (ellos, es decir, nuestros lectores), y que equivale á esta frase : ¿ qué viene á ser eso ? (*qu'est-ce que c'est que cela?*) El panadero comprendió perfectamente y contestó :

— ¡ Y bien ! esto es pan, muy buen pan, de segunda calidad.

— Usted quiere decir *manró gresnó*¹, repuso Gavroche, tranquila y friamente desdeñoso. ¡ Pan blanco, mozo ! ¡ *manró plasnó* ! soy yo quien da este banquete.

El panadero no pudo ménos de sonreír, y mientras que partía el pan blanco, los consideraba de una manera compasiva que chocó á Gavroche.

— ¿ Qué seso, seor galopin, dijo al panadero, por qué nos mira usted de esa manera, midiéndonos así de piés á cabeza ?

Y todos tres juntos sumarian apénas un metro, ó cinco cuartas.

Cuando ya estaba partido el pan en tres pedazos, el panadero depositó el sueldo en caja, y Gavroche dijo á los niños :

— *Jamelad*.

Los chiquitos le miraron embobados.

Gavroche se echó á reír :

— ¡ Ah ! toma ! es verdad, estos todavía no saben, son tan pequeñuelos !

Y añadió :

— *Comed*.

¹ Pan negro.

Al mismo tiempo les dió á cada uno un pedazo de pan. Y juzgando que el mayor, el cual le parecia más digno de su conversacion, merecia algun estímulo especial y debía ser desembarazado de toda especie de vacilacion para satisfacer su apetito, le dijo, dándole el pedazo más grande :

— *Cuélate todo eso en el fusil*.

Habia otro pedazo más pequeño que los dos restantes : este fué el que escogió él para sí.

Los pobres chicos estaban hambrientos, incluso Gavroche. Mientras que devoraban el pan á sendas tarascadas, llenaban los tres la tienda del panadero, quien, ahora que habia ya cobrado, se entretenia en mirarlos, con buen humor.

— *Vámonos á la calle*, dijo Gavroche.

Y se encaminaron hácia la Bastilla.

De vez en cuando, al pasar por delante de las tiendas y almacenes iluminados, el más pequeño de los tres se detenia para mirar la hora en su reloj de plomo que llevaba colgado al cuello con un pedazo de cuerda.

— *Vaya un cernícalo que es el pobre chavalito*, decia Gavroche.

Y en seguida, poniéndose como caviloso, refunfuñó entre dientes :

De todos modos, si yo tuviera *chavores*¹, los tendria más recogidos que estos.

Cuando acababan ya de comer sus pedazos de pan y llegaban á la esquina de aquella fúnebre calle de los *Ballets* en cuyo fondo se divisa el ventanillo bajo y hostil de la *Force* :

— ¡ Toma ! ¿ eres tú, Gavroche ? dijo un individuo.

— ¡ Vaya ! ¿ eres tú, *Montparnasse* ? dijo Gavroche.

Era un hombre que acababa de acercarse al gamin, y este hombre no era otro que *Montparnasse* disfrazado, con unas

¹ Hijos.

gafas azules, pero cuyo disfraz no impedia á Gavroche el reconocerle.

— ¡ Caramba ! prosiguió Gavroche, llevas una casaca color de cataplasma de harina de linaza y gafas azules como un médico. ¡ Á fe de viejo te digo que no dejas de tener cierto estilo que te da importancia !

— Chiton, dijo Montparnasse, no hables tan alto.

Y tiró vivamente de Gavroche, llevándole fuera de la luz de las tiendas.

Los dos chiquitos seguian maquinalmente agarrados de la mano.

Cuando se hallaron bajo el negro dintel de un portal, sin farol, al abrigo de la lluvia y de las miradas :

— ¿ Sabes adónde voy ? preguntó Montparnasse.

— Sí, á la filimicha ¹, contestó Gavroche.

— ¡ Calla, pilluelo !

Y Montparnasse continuó diciendo :

— Voy en busca de Babet.

¡ Ah ! dijo Gavroche, se llama ella Babet.

Montparnasse bajó la voz.

— No es ella, es él.

— ¡ Ah, Babet !

— Sí, Babet.

— Yo le creia estardelao ².

— Sí, le estardaron, pero él se desestardó, contestó Montparnasse.

Y refirió rápidamente al gamin cómo, en la mañana de aquel mismo día en que estaban, habiendo sido Babet trasladado á la Conserjería, se habia evadido tomando por la izquierda, en vez de tomar por la derecha, en « el corredor de la instruccion. »

¹ Á la horca. *A l'abbaye de Monte-à-regret*, dice el original, que en argot quiere decir al cadalso.

² Preso.

Gavroche admiró la habilidad.

— ¡ Qué chanaor ¹ ! dijo.

Montparnasse añadió algunos detalles sobre la evasión de Babet, y concluyó diciendo :

— ¡ Oh ! y no es eso sólo.

Mientras que le estaba escuchando, Gavroche se habia apoderado de un baston que Montparnasse tenia en la mano, habia tirado maquinalmente del puño, y sacó de dentro la hoja de un puñal.

— ¡ Ah ! exclamó, rechazando vivamente el puñal, llevas tu gendarme disfrazado de paisano.

Montparnasse guiñó el ojo.

— ¡ Cáspita ! añadió Gavroche, ¿ vas á darte de trompazos con los chineles ² ?

— No sabe uno lo que puede suceder, contestó Montparnasse con cierto tono indiferente. Siempre es sano llevar un alfiler consigo.

Gavroche insistió :

— ¿ Pero qué es lo que vas tú á hacer esta noche ?

Montparnasse volvió á tomar de nuevo la entonacion grave y dijo mascullando las sílabas :

— Ciertas cosas.

Y cambiando bruscamente la conversacion dijo :

— ¡ Á propósito !

— ¿ Qué ?

— Una historia del otro dia. Figúrate que encontré á un bourgeois, que me obsequió con un sermón y con su bolsa. Me lo guardé todo en el bolsillo de la levita ; y un minuto despues, llevé la mano á mi bolsillo, y ya no habia nada.

— Sino el sermón, añadió Gavroche.

— Pero y tú, repuso Montparnasse, ¿ adónde vas ahora ?

¹ ¡ Qué diestro !

² Agentes de policía.

Gavroche le enseñó sus dos protegidos y dijo .

— Voy á acostar á estas criaturas.

— ¿ En dónde vas á acostarlas ?

— En mi casa.

— ¿ Dónde es tu casa ?

— En mi casa.

— ¿ Conque tienes alojamiento ?

— Sí, estoy alojado.

— ¿ Dónde ?

— En el elefante, dijo Gavroche.

— Aunque poco dado á la admiracion, Montparnasse no pudo menos de exclamar :

— ¡ En el elefante !

— ¡ Y bien, sí, en el elefante ! contestó Gavroche. ¿ Kekcaa¹ ?

Esta es tambien una palabra de la lengua que nadie escribe y que todo el mundo habla. Kekcaa, significa : ¿ Y qué tiene eso de particular ?

La profunda observacion del gamin restableció en Montparnasse la calma y el buen sentido, pareciendo que volvía á mejores sentimientos con respecto á la morada de Gavroche.

— ¡ En verdad ! dijo, sí, el elefante. ¿ Se está allí bien ?

— Muy bien, contestó Gavroche. Allí, de véras, se está but lachó². No hay corrientes de aire como debajo de los puentes.

— ¿ Cómo entras allí ?

— Por la puerta.

— ¿ Conque habrá algun agujero ? preguntó Montparnasse.

— ¡ Pardiez ! ¡ Pero cuidado que no lo digas á nadie ! Es

¹ ¿ Qu'est-ce que cela ?

² Muy bien.

entre las piernas delanteras. Los bucanós¹ no le han visto.

— ¿ Y tú trepas ? Sí, ya comprendo.

— En un santiamen, tris-tras, ya está hecho, y no se ve á nadie.

Despues de unos momentos de silencio, Gavroche añadió :

— Para estos chiquitos tendré una escalera.

Montparnasse se echó á reir :

— ¿ Dónde diablos has tomado estos chavalillos ?

Gavroche contestó sencillamente.

— Son unos chinorós² con que me ha obsequiado un peluquero.

Entre tanto Montparnasse se habia puesto pensativo.

— Me has conocido al instante, dijo en voz baja.

Sacó desu bolsillo dos objetos pequeños que no eran otra cosa que dos cañoncitos de pluma envueltos en algodón, y se introdujo uno en cada fosa nasal. Esta modificacion le hacia ya una nueva nariz.

— ¡ Eso te cambia enteramente, dijo Gavroche, así estás ménos feo, deberias conservar eso siempre !

Montparnasse era un mozo de gallarda figura, pero Gavroche se burlaba de él.

— Hablando con formalidad, le dijo Montparnasse, ¿ cómo me encuentras con esto ?

Hasta su voz habia cambiado. En un abrir y cerrar de ojos, Montparnasse se habia puesto desconocido.

— ¡ Oh ! no haces el Porri-chinela ! exclamó Gavroche.

Los dos chiquitos, que nada habian escuchado hasta entónces, ocupados como estaban ambos en introducirse los dedos en la nariz, al oir el nombre de Porri-chinela, se

¹ Gente de policia

² Niños.

acercaron y se pusieron á mirar á Montparnasse con un principio de alegría y de admiracion.

Desgraciadamente Montparnasse estaba inquieto y receloso.

Puso una mano sobre un hombro de Gavroche, y le dijo, acentuando bien sus palabras :

— Escucha lo que te digo, chico, si yo me hallara hoy en plaza, con mi dogo y mi daga y con todos mis arrequives, y si tú me prodigaras unos diez calés ¹, no me negaría yo á ostrar ² ahí, pero no estoy ahora en carnestolendas!

Esta frase singular produjo un raro efecto en el gamin. Volvió rápidamente la cabeza, paseó con la mayor atencion sus ojillos brillantes en derredor, y distinguió, á pocos pasos de distancia, un agente de policía que les daba la espalda. Gavroche dejó escapar un: ¡ ah, bueno! que reprimió inmediatamente, y sacudiendo la mano de Montparnasse :

— Pues bien, buenas noches, le dijo, me voy á mi elegante con mis chinorrés. En el supuesto de que tú me necesitaras para algo una noche, podrás ir á buscarme allí. Yo habito el entresuelo. No hay portero. No tendrás más que preguntar por el señor Gavroche.

— Está bien, dijo Montparnasse.

Y se separaron dirigiéndose Montparnasse hácia la Grève y Gavroche hácia la Bastilla. El niño de cinco años, del cual iba tirando su hermanito, mientras que de éste tiraba á su vez Gavroche, asidos los tres por las manos, volvió varias veces la cabeza hácia atrás para ver á Porri-chinela marcharse.

La frase confusa é ininteligible por medio de la cual habia advertido Montparnasse á Gavroche la presencia del agente de policía no contenia otro talisman que la asonan-

¹ Diez cuartos, ó diez sueldos.

² Trabajar, en sentido de robar.

cia *dig* repetida, bajo formas variadas. Esta sílaba *dig*, no pronunciada aisladamente, sino artísticamente mezclada y combinada con las palabras de una frase, quiere decir: — ¡ Cuidado! que no podemos hablar libremente. — Habia ademas en la frase de Montparnasse una belleza literaria que no percibió Gavroche, á saber, *mon dogue. má dague et ma dague*, locucion propia del argot (caló) del Temple, que significa *mi perro, mi puñal y mi mujer*, muy en uso entre los *pitres* (payasos) y *queues rouges* (juglares) del gran siglo en que escribía Molière y dibujaba Callot.

Hace veinte años, veíase aún en el ángulo sud-este de la plaza de la Bastilla, junto al desembarcadero del canal abierto en el antiguo foso de la prision-ciudadela, un monumento raro que se ha borrado ya de la memoria de los parisienses, y que merecia ciertamente haber dejado allí alguna huella, porque era un pensamiento del « miembro » del Instituto, general en jefe del ejército de Egipto. »

Llamámosle monumento, bien que no fuera él sino una simple maqueta, un modelo escultural. Pero aquella misma maqueta, prodigioso bosquejo, cadáver grandioso de una idea de Napoleón que dos ó tres bocanadas de viento sucesivas habian arrebatado y lanzado cada vez más lejos de nosotros, habiallegado á hacerse histórica, adquiriendo no sé qué especie de carácter definitivo que contrastaba con su aspecto provisional. Era un elefante de cuarenta piés de alto, construido de mampostería y de madera, sobre cuyo dorso se elevaba una torre, semejante á una casa, en otro tiempo pintado de verde por un embadurnador cualquiera, y á la sazón pintado de negro por el cielo, la lluvia y el tiempo. En aquel rincón desierto y descubierto de la plaza, la frente anchurosa del coloso, sus trompa, su defensas ó colmillos, su torre, su enorme grupa, sus cuatro piés como cuatro columnas, formaban por la noche, dibujada en el

cielo estrellado, una sombra sorprendente y terrible. No se sabía lo que aquello quería decir. Parecía ser como un símbolo de la fuerza popular. Sombrio, enigmático, inmenso. Una especie de fantasma poderosa, visible y de pié al lado del espectro invisible de la Bastilla.

Pocos extranjeros visitaban aquel edificio, que apenas miraban siquiera los transeuntes. Insensiblemente se iba arruinando; en cada estacion, enormes masas de yeso desprendidas de sus ijares le hacian horribles heridas. « Los ediles, » como se dice en el patuá elegante, le habian olvidado desde 1814. Hallábase, pues, allí en su rincon, triste, aburrido, enfermo, desmoronándose, rodeado de una empalizada podrida y manchada á cada instante por cocheros borrachos; grandes grietas le hendian el vientre, un liston de madera le salia de la cola, y entre los piés brotaba y crecía la yerba; y como el nivel de la plaza se elevaba, hacia ya treinta años, en derredor de él, en virtud de ese movimiento lento y continuo que levanta insensiblemente el suelo de las grandes ciudades, se hallaba en una hondonada, y parecia que la tierra se hundia bajo sus piés. Estaba inmundo, despreciado, repugnante y magnífico, feo á los ojos del bourgeois, melancólico á los ojos del pensador. Tenía algo de una basura que se va á barrer, y algo de una majestad que va á ser decapitada.

Segun hemos dicho ya, por la noche cambiaba entera mente de aspecto. La noche es el verdadero elemento de todo lo que es sombra. Desde que caía el crepúsculo, el viejo elefante se transfiguraba, adquiriendo una figura tranquila y formidable en la pavorosa serenidad de las tinieblas. Como oriundo del tiempo pasado, pertenecía él á la noche; por eso la oscuridad convenia á su grandeza.

Aquel monumento, rudo, rechoncho, pesado, severo, áspero, casi disforme, pero indudablemente majestuoso y caracterizado por una especie de gravedad magnífica y sal-

vaje, ha desaparecido, para dejar que reine en paz la especie de estufa gigantesca, adornada con su correspondiente tubo, que ha reemplazado á la lúgubre fortaleza de nueve torres, á la manera que la bourgeoisie, ó clase média, reemplaza á la nobleza feudal. Por lo demas, es cosa muy natural que una estufa sea el símbolo de una época cuyo poderío se encierra en una marmita. Esta época pasará, y aún va pasando ya; se principia á comprender que, si puede haber fuerza en una caldera, no puede haber verdadera potencia sino en un cerebro; en otros términos, que lo que dirige y arrastra al mundo, no son las locomotivas, sino las ideas. Enganchad las locomotivas á las ideas, está bien; pero no toméis al caballo por el jinete.

Sea de esto lo que fuere, y volviendo á la plaza de la Bastilla, el arquitecto del elefante, con yeso, habia logrado hacer una cosa grande; miéntras que el arquitecto de cañon de estufa, con bronce, ha logrado hacer una cosa pequeña.

Ese tubo, ese cañon de estufa, que se ha bautizado con un nombre sonoro, llamándole la columna de Julio, ese monumento frustrado de una revolucion abortada, se hallaba envuelto aún en 1832 en una inmensa camisa de maderámen, que nosotros por nuestra parte echamos de menos, y en un vasto cerco de tablas que acababa de aislar al elefante.

Hacia este recodo de la plaza, alumbrado apenas por el reflejo de un reverbero lejano, fué hacia donde el gamin dirigió sus dos « chavales. »

Permitasenos interrumpirnos aquí, para recordar á nuestros lectores que estamos en el terreno de las realidades; que, hace veinte años, los tribunales de policía correccional de París se vieron en el caso de juzgar, como acusado de vagabundo y de deteriorar un monumento público, á un muchacho que habia sido sorpren-

dido acostado en el interior mismo del elefante de la Bastilla. Una vez consignado este hecho, continuemos

Al llegar junto al coloso, Gavroche comprendió desde luego el efecto que en lo infinitamente pequeño debería de producir lo infinitamente grande, y dijo :

— ¡ Chicuelos ! no tengáis miedo.

En seguida, penetró él por una rotura de la empalizada en el recinto del elefante, y ayudó á los niños á saltar por aquella brecha. Un tanto asustados, los dos chiquitos seguían á Gavroche sin pronunciar ni una palabra, confiándose á aquella pequeña providencia en harapos que les había dado pan y les había prometido albergue

Tendida á lo largo de la empalizada había allí una escalera que servía de día á los obreros del inmediato taller de carpintería. Gavroche la levantó del suelo con un vigor singular, y la aplicó contra una de las piernas delanteras del elefante. Hacia el punto en donde llegaba la escalera, distinguíase una especie de agujero negro en el vientre del coloso.

Gavroche indicó la escalera y el agujero á sus huéspedes y les dijo :

— Subid y entrad.

Los dos chicos se miraron aterrados.

— ¡ Tenéis miedo, chinorós ? les dijo Gavroche.

Y añadió :

— Ahora vais á ver.

Abrazóse él al pié rugoso del elefante, y en un abrir y cerrar de ojos, sin dignarse recurrir á la escalera, llegó al agujero. Se introdujo por él como una culebra que se desliza por una rendija, penetrando en el interior de aquella mole. Un momento despues, los dos niños vieron vagamente aparecer, como una forma blanquizca y pálida, su cabeza desgreñada por el borde del agujero lleno de tinieblas.

¡ Ea, vamos ! gritó, subid pues, chavalitos ! ¡ ya veréis que bien se está aquí ! — ¡ Sube, tú ! dijo al mayor, yo te daré la mano.

Los niños se daban hombro con hombro, como si se consultaran ; el gamin los asustaba y los tranquilizaba á la vez, y ademas, estaba lloviendo bastante fuerte. Por fin el mayor se arriesgó. El más pequeño, viendo subir á su hermano y quedarse él solo entre las patas de aquel animal tan enorme, tenía grandes ganas de llorar, pero no se atrevía.

El mayorcito iba trepando, no sin grande vacilacion, los peldaños de la escalera, y mientras tanto Gavroche le animaba por medio de exclamaciones de profesor de esgrima á sus discípulos, ó de arriero á sus mulas :

— ¡ No tengas miedo !

— ¡ Eso es !

— ¡ Anda, sin parar !

— ¡ Pon allí el pié !

— ¡ La mano aquí !

— ¡ Ah, valiente !

Cuando ya se halló á su alcance, le asió brusca y vigorosamente por el brazo, y tiró de él.

— ¡ Engullido ! dijo.

El muchachito había penetrado por la gran grieta.

— Ahora, dijo Gavroche, espérame. Caballero, tenga usted la bondad de sentarse.

Y saliendo de la grieta como había entrado, se dejó deslizar con la agilidad de un macaco á lo largo de la pierna del elefante, yendo á caer de pié sobre la yerba : tomó en brazos al niño de cinco años y le plantó en mitad de la escalera ; en seguida empezó él á subir tambien detras de él, llamando al mismo tiempo al niño mayor, y diciéndole :

— Yo voy á empujarle, y tú tirarás de él.

En un instante fué el niño empujado, subido, atraído,